

IV  
LA VICTORIA DE LA IGUALDAD EN  
EL MUNDO MODERNO. OTRA LECTURA DE  
‘LA CONDICIÓN HUMANA’

La comunidad está fundamentada en la cooperación entre las personas. Para que exista la posibilidad de asociación son indispensables ciertas condiciones, como la igualdad y la libertad. Estas condiciones están ligadas estrechamente con la espacialidad, sobre todo pública. Los miembros de una comunidad deben considerarse como socios para conseguir fines comunes, para que sus actos puedan partir de las mismas condiciones y capacidades para aportar ideas, de tal manera que todos ellos resulten beneficiados equitativamente.

La arquitectura no debe limitarse a un saber hacer ni rehuir de la filosofía. En *La condición humana*, Hannah Arendt advierte sobre lo que está en juego en cuanto al papel de la construcción de la espacialidad como una actividad que abarca campos mucho más amplios que sus implicaciones tecnológicas:

Si sucediera que el conocimiento (en el moderno sentido de *know-how*) y el pensamiento se separasen definitivamente, nos convertiríamos en impotentes esclavos, no tanto de nuestras máquinas como de nuestro saber hacer. Irreflexivas criaturas a merced de cualquier artefacto técnicamente posible, por muy mortífero que fuera.

El pensamiento es imprescindible si aspiramos a una espacialidad que responda a los retos de nuestro tiempo. ¿Qué papeles juegan la arquitectura y el urbanismo? ¿Qué necesidades pueden satisfacer? Una de las más importantes es contribuir al diseño de los lugares que habita la comunidad. Para ello es ineludible la reflexión sobre la concepción del espacio público, que tiene profundas consecuencias sobre la arquitectura a todas las escalas, desde lo doméstico hasta la planificación territorial.

Arendt aporta tres conceptos relevantes para los arquitectos y urbanistas: *acción*, en lo que respecta al habitar; *labor*, entendida como el esfuerzo humano de manutención de las condiciones indispensables para su propia vida, y *trabajo*, el emprendimiento de tareas productoras de objetos, también necesarios para el bienestar humano y, adicionalmente, por su trascendencia a futuras generaciones. A esta tríada Arendt la llama *Vita activa*.

El arquitecto y crítico inglés Kenneth Frampton parte de las ideas de Arendt para plantearse su relación con la arquitectura.<sup>1</sup> Se centró en el *Homo faber*, el ser humano como productor de objetos. Considera la arquitectura como una actividad productora de objetos artificiales necesarios para la realización de las actividades humanas, como los edificios y las ciudades. Frampton analiza dichos objetos desde una perspectiva social. Cuestiona el urbanismo moderno y critica la consecuente deshumanización del espacio público por la presencia del automóvil y de otros elementos tecnológicos puramente instrumentales, además de la mercantilización de la arquitectura. Para ello, utiliza el término *motopía*, del planificador urbano Melvin Weber, para referirse a la situación opuesta a la igualdad y el poder micropolítico de los espacios de aparición:

Nada podía estar más alejado de esto que nuestra actual generación de *motopía* y nuestra evidente incapacidad

de crear nuevas ciudades que sean física y políticamente identificables como tales. Por el mismo motivo, nada podría estar más alejado de la esencia política de la ciudad-estado que las exclusivas categorías económicas de la teoría racionalizadora de la planificación.<sup>2</sup>

Pasadas más de tres décadas, el arquitecto se reafirma, de manera más radical si cabe: “El automóvil es el invento más apocalíptico de todos los tiempos, más aún que la bomba atómica”.<sup>3</sup> La concepción de la arquitectura y la ciudad como resultado del trabajo humano, de acuerdo con los términos del pensamiento de Arendt, adoptados por Frampton, significa la producción de objetos artificiales y trascendentes a la vida humana. Entre ellos se cuentan los edificios y las ciudades. Incluye todos los aspectos físicos de la construcción, la producción material del espacio, la tectónica<sup>4</sup> y el diseño como acción propia de la cultura occidental; pero termina cuando el edificio o el espacio público son ocupados por los habitantes y por los ciudadanos, no se prolonga más allá de la ocupación. Es decir, no admite consideraciones posteriores relacionadas con su desempeño social a medio y largo plazo, ni cambios, adaptaciones, transformaciones y apropiaciones provocados por las dinámicas del uso cotidiano.

Al enfatizar el concepto marxista de trabajo como actividad en la que el ser humano se produce a sí mismo, a través de su metabolismo de la naturaleza, la transformación de la materia prima en objetos de uso, Frampton concibe la arquitectura y la ciudad como parte de los objetos producidos mediante el trabajo humano. Así, los objetos mismos, en tanto que medios para conseguir un fin, adquieren mayor importancia que el fin mismo: el habitar, que queda relegado a un segundo plano. El autor pone implícito énfasis en el trabajo, por encima del acto de habitar. En ello, toca la paradoja entre la *techné* (el ‘arte’),

la *poiesis* (el ‘hacer’) y la *praxis* (la ‘práctica’), concebida como un medio sin fines. Dicha paradoja estriba en que el objeto construido que resulte del proceso de diseño sobrepase en importancia a los sujetos para quienes se ha diseñado.

Es interesante que Frampton mencione en su ensayo algunas ideas de Luis Barragán acerca de la presencia constante de la televisión en la vida privada de las personas y del automóvil en su tránsito por las vías públicas y por las carreteras rurales, así como el uso excesivo del cristal en los edificios, como elementos que reducen la intimidad y el recogimiento (la penumbra como condición necesaria para la introspección), además de condicionar y alienar el contacto del hombre con sus semejantes y con la naturaleza. Frampton encontró en las palabras de Barragán una manifestación de resistencia cultural a los valores de su época.

El espacio urbano y la arquitectura pueden ser de alto nivel cultural y poético y, no obstante, fracasar socialmente. Asimismo, en el caso contrario, un edificio, una calle o una plaza pueden ser irrelevantes como productos culturales estéticos, pero ser de gran importancia para las personas, aunque su valor como objetos sea secundario. Desde hace al menos treinta años, la arquitectura y el urbanismo han ido aumentando su valor social, aunque no en demérito de su valor cultural. Han adquirido un papel social mucho mayor que durante el movimiento moderno en arquitectura.

El filósofo francés Paul Ricoeur<sup>5</sup> se aparta de la lectura acostumbrada del texto de Arendt, desde la perspectiva de la ciencia política, como crítica a la modernidad, y centra su interés en identificar una de las más persistentes características de la vida humana: la temporalidad, que es a su vez una de las más profundas en la condición humana y, por lo tanto, menos vulnerables a las vicisitudes de la era moderna. Lo temporal constituye un eje presente en los tres elementos de la tríada de Arendt, siendo

el elemento que otorga coherencia histórica a la vida humana,<sup>6</sup> aun en los tiempos modernos. Ricoeur también hace especial énfasis en la acción y escribe sobre la transición de la acción al relato y de ahí a la historia, todos ellos relativos a la medida del tiempo humano y a su condición como ser mortal.

A diferencia de Frampton, se centra menos en los objetos mismos y más en el uso que las personas hacen de ellos y su condición de bienes de consumo. Es interesante la distinción que hace Ricoeur entre el *uso* y el *consumo*, en términos de su relación, por una parte, con los conceptos de *labor y trabajo* y, por la otra, con la destrucción de los mismos y la generación de desechos, los cuales son inherentes al consumo. Bajo esta lógica, la concepción de la arquitectura es muy distinta si se considera un bien de consumo (desechable) o un valor de uso (perenne). En el primer caso, la demolición de la construcción se consideraría como parte del proceso mercantil y desaparecería su condición de trascendencia. Ricoeur escribe:

La paradoja parece ser que las casas, los templos, las pinturas y los poemas son creaciones humanas en la medida en la que el trabajo las produce, las repara y las preserva. Pero además de ello, por el hecho de que su existencia se apoya en la resistencia de sus materiales – piedra, tela, texto impreso– y se completa con el uso de herramientas e instrumentos que los hacen durables.<sup>7</sup>

Para Ricoeur la paradoja entre durabilidad y fungibilidad podría diluirse y perder importancia si observamos los objetos humanos desde la óptica ya no de su consumo, sino de su uso, teniendo en cuenta que desde un punto de vista personal este no puede exceder al tiempo de vida y, en ambos casos, su implícita futilidad.

En el “acto de habitar”, que el autor menciona en los términos de Heidegger, la noción de “habitar” como acción establece una diferencia clara entre el uso y el consumo. La función del artificio humano, como afirma Arendt, es la de ofrecer a los seres mortales una morada más permanente y estable que ellos mismos, una morada que trascienda el tiempo de vida humana. Heidegger decía: “Solo si somos capaces de habitar, solo así seremos capaces de construir”. La capacidad de habitar es la capacidad de estar en el mundo. La vida humana en su finitud se puede relatar, se puede escribir una biografía, una historia personal de cada persona. Esto la liga inevitablemente a la dimensión espacio-temporal de la vida. La acción social, fundamental de la vida política, es distinta para cada persona, está ligada a la fragilidad de las relaciones humanas y oscila entre la futilidad vital y la durabilidad del mundo objetual creado por los humanos, por sus obras, sus monumentos y sus documentos. Finalmente, Ricoeur explica el papel de la historia, que no es un producto humano individual, sino colectivo, pero que se compone simultáneamente de la colección de todos los relatos o pequeñas historias personales. Aquí es donde quizá tienen lugar la arqueología, como relato histórico no literario, y la arquitectura como “testigo insoportable de la historia”, como la califica Octavio Paz.

Las casas y las ciudades duran más tiempo que la vida de las personas y, en muchas ocasiones, lo que una generación construye es habitado por la siguiente. Por esta precisa razón, el trabajo de los arquitectos y urbanistas pertenece a la aspiración humana hacia la trascendencia. En la modernidad, los procesos de construcción se han acelerado notablemente en comparación con épocas anteriores. Ahora es más común la construcción de ciudades enteras en unos pocos años (y en ocasiones también su desaparición), como sucede en China, en los Emiratos Árabes Unidos y en algunas repúblicas postsoviéticas como Azer-

baiyán y Kazajistán. También hay arquitecturas efímeras, y una creciente necesidad de campos para refugiados y albergues para los damnificados por desastres naturales. Vivimos tiempos en los que “el estado de excepción es la regla”.<sup>8</sup>

Arendt introduce también el concepto de los “espacios de aparición” como productores de poder social, el cual emerge de la sociedad para transformarse en poder político. Sin embargo, considero que es necesario introducir más adelante las ideas de Michel Foucault sobre esos mismos lugares públicos como “espacios de vigilancia”, como recintos panópticos que propician la disciplina, el control y la normalización de los individuos. En ambos pensadores está presente el concepto de igualdad como resultado de la era moderna y del pensamiento iluminista implantado en Occidente desde el siglo XVIII. Sin embargo, ambos lo abordan desde perspectivas distintas, aunque no necesariamente opuestas: Arendt considera que la sociedad ha conquistado el dominio público, mediante la libre asociación entre personas, proclama que la igualdad ha triunfado sobre la dominación del Estado totalitario gracias a la acción política en el espacio público, que permite la organización civil horizontal. Mientras que Foucault considera la igualdad como resultado del control y sinónimo de la normalización, propia de un poder político vertical, que se ejerce mediante la disciplina, la vigilancia y el castigo y, por consiguiente, solamente puede ser mitigada por la vía de la resistencia ciudadana al control estatal. Estas son dos caras del concepto de igualdad que conviene considerar en el espacio urbano y en la arquitectura, ambas actividades como respuestas a las condiciones de la sociedad actual y de las crisis económicas, políticas y ambientales. Foucault considera al ser humano desde el punto de vista biopolítico, ya que el cuerpo humano es el objeto de la lucha política, una persona sin derechos políticos no puede más que llevar una nuda vida,

sin acceso a la acción política ni a derechos fundamentales como libertad y democracia.

Arendt considera que la privacidad tiene dos opuestos en el ámbito público: la política y la sociedad. La victoria de la igualdad en el mundo moderno no es más que el reconocimiento legal y político del hecho de que la sociedad ha conquistado el dominio público. Cuanto más grande sea la población en un espacio político determinado, habrá mayor posibilidad de que lo social conforme el dominio público por encima de lo político. La total victoria social producirá inevitablemente lo que Arendt llama “ficción comunista”. La aparición en el espacio social se equipara a la realidad, la presencia de otras personas da la certeza sobre la realidad del mundo y de nosotros mismos. La comunidad solo puede trascender a las generaciones mientras continúe siendo capaz de manifestarse, de aparecer en público. La pluralidad humana es la paradójica pluralidad de seres únicos. Actuando y hablando en público, las personas se muestran tal como son, revelan activamente sus identidades personales, que son únicas, y de este modo aparecen en el mundo. “La acción y la palabra crean el espacio entre las personas, el cual encuentra su correcta localización en cualquier lugar y a cualquier hora”.<sup>9</sup> Así es el espacio de aparición en su sentido más amplio, “el espacio donde yo aparezco ante otros y otros aparecen ante mí”.<sup>10</sup> El poder del espacio de aparición consiste en ser admitido en el dominio público, aparecer en público es un poder que se genera cuando las personas se reúnen y actúan en concierto. A su vez, dicho poder desaparece cuando el acto ha terminado. La fuerza que los mantiene unidos se distingue del espacio de aparición en el hecho de que no depende de este, sino del poder que se manifiesta temporalmente en él, un poder constituido por los acuerdos mutuos entre las personas. La comunidad puede trasladarse a otro sitio si mantiene el vínculo original.



El único factor material indispensable para la generación de poder es el vivir unido del pueblo. Solo donde los hombres viven tan unidos que las potencialidades de la acción están siempre presentes, el poder puede permanecer con ellos, y la fundación de ciudades, que como ciudades-estado siguen siendo modelo para toda organización política occidental, es por lo tanto el más importante prerrequisito material del poder.<sup>11</sup>

Por esa razón, las últimas revoluciones sociales, como la Primavera Árabe o las protestas en Hong Kong o en Chile, se han llevado a cabo en plazas públicas, pero también en las redes sociales informáticas, que no existían cuando Arendt escribió *La condición humana*, pero que se ajustan también a su concepto de espacios de aparición. Las redes sociales no solo son pertinentes como espacios de aparición, sino también como espacios de vigilancia y a su vez como posibles “espacios de resistencia”, como los describiría Foucault, que no cesan su condición de espacios igualitarios, pero en sentido distinto que en el pensamiento de Arendt.<sup>12</sup>

Dentro de las diferencias particulares entre los conceptos discutidos tanto por Arendt como por Foucault (aparición, vigilancia y resistencia), existe, no obstante, un carácter complementario entre ambas, además de una forma paradójica de oposición: lo que podríamos llamar “normalización” y que Foucault denomina “economía del poder”, una forma de igualdad impuesta verticalmente desde el poder político. La normalidad es la universalización de lo particular, mientras que la igualdad es la expresión libre de la individualidad. La relación entre ambas ideas es compleja porque en el mundo moderno están constantemente entrelazadas. La relación entre lo particular (sintagma) y lo general (paradigma) es paralela y simétrica, al igual que la relación entre el sujeto, el agente y el predicado. El paso del potencial que

tiene lo general al acto concreto que realiza el individuo es igual que el paso de la palabra a la acción, de lo propio a lo común. Todos ellos son mecanismos que se realizan en ambos sentidos.

La aparición de las personas en el espacio público y su consiguiente producción de poder micropolítico en condiciones de libertad y democracia están supeditados a un contrato social. Dicho acuerdo establece lo que la sociedad considera el comportamiento normal de las personas, que están condicionadas por la educación previa que reciben, la cual se impone mediante la disciplina y el castigo. Además de ello, el espacio público se encuentra bajo vigilancia policial permanente, ahora acentuada por la videovigilancia y la inteligencia artificial aplicada a la prevención del delito. Por estas razones, una organización política auténticamente horizontal solo se puede lograr por medio de la resistencia contra el control político, que es sinónimo de clandestinidad y que prácticamente anula toda posibilidad de aparición en el espacio público.

Hacerse con el coraje necesario para cuestionar a la autoridad, como adquirir una “mayoría de edad” para rebelarse contra las instituciones, es la actitud crítica que Kant definió como *Aufklärung*. Foucault diferencia la actitud crítica entre esta alta empresa kantiana y las pequeñas actividades polémicas. Se ha establecido cómo gobernar una familia, una casa, el ejército, grupos, ciudades, estados, cómo gobernar el propio cuerpo y espíritu. “El arte de no ser gobernado de tal modo” es la primera definición de *crítica*, según Foucault, y prosigue: “La crítica toma su punto de anclaje en el problema de la certeza frente a la autoridad”.<sup>13</sup> El trabajo de Foucault sobre el *Aufklärung* es una valoración histórica como problema fundamental de la filosofía moderna a partir

del siglo XVIII. La voluntad de resistirse a ser gobernado, oponiendo argumentos racionales, es de algún modo la adquisición de la mayoría de edad exigida por Kant. No ser gobernado para Foucault no significa la anarquía, sino no ser gobernado de una forma específica e incuestionable basada en el saber-poder. Kant dice que “hay un uso público de la razón que no debe ser limitado”.<sup>14</sup> Es extraño buscar unidad en la crítica, dentro de su heteronomía, pero según Foucault no es una búsqueda en lo particular sino en lo performativo (cada uno en su forma de hacer crítica). “La crítica no existe más que en relación con otra cosa distinta de ella misma: es instrumento”.<sup>15</sup>

Foucault distingue gramaticalmente la *crítica*, la alta empresa kantiana, de las *críticas*, las pequeñas actividades polémicas. Judith Butler se interesó por estas ideas, sobre todo en la equivalencia que Foucault establece entre crítica y virtud: “Esta actitud crítica (es) la virtud en general”.<sup>16</sup> Destaca que Foucault establece que la obediencia deja de ser sinónimo de virtud. “La crítica es el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder y al poder acerca de sus discursos de verdad”.<sup>17</sup> En su universo normativo, el comportamiento moral más virtuoso se lleva a cabo mediante la acción. La actitud de obediencia, según Foucault, es acrítica frente a la autoridad, acepta sus consignas de modo pasivo, sin cuestionarlas ni valorarlas. “Ser crítico con una autoridad que se hace pasar por absoluta requiere una práctica crítica que tiene en su centro la transformación de sí”.<sup>18</sup> Se asume el consecuente riesgo que implica negarse a cumplir las órdenes de la autoridad, con el castigo previsto o la denuncia social que es inherente a la crítica. El proceso de subjetivación explicado

por Foucault es la emancipación contenida en la mayoría de edad racional sugerida anteriormente por Kant.

### LA ARQUITECTURA ESTRUCTURALISTA

Ambas visiones del espacio público (aparición y resistencia) tienen indudables consecuencias sobre la arquitectura a todas las escalas, desde lo doméstico hasta la planificación territorial. Un proyecto realizado en términos de la vigilancia tiende a centralizarse y a tomar en cuenta las funciones específicas de todas sus partes, como una máquina habitable, en la que todas sus partes contribuyen a la eficiencia del conjunto. En cambio, la arquitectura concebida sin jerarquía vertical se caracteriza por el espacio libre y diáfano, que permite usos múltiples y dispersos, un tipo de estructuralismo adecuado para el libre movimiento, la participación y la apropiación por parte de sus habitantes.

Durante las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado, la corriente estructuralista de pensamiento influyó en todos los ámbitos de la filosofía y el arte. Se trata de una forma antropológica de pensamiento anclada en el lenguaje, en sus formas variables y en sus elementos invariantes. El movimiento surgió en Francia y uno de sus representantes más importantes fue Claude Lévi-Strauss, quien investigó a fondo los lenguajes indígenas primitivos.

La arquitectura tardó poco en afiliarse a la corriente estructuralista, por su contenido antropológico. Ya existía la preocupación, entre algunos arquitectos críticos, acerca del determinismo presente en la arquitectura funcionalista de posguerra. Por ejemplo, dentro de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM), varios arquitectos europeos disidentes crearon el *Team X*, un grupo de discusión paralelo al pensamiento funcionalista. Los miembros del grupo abogaron por una ar-

quitectura menos rígida, más abierta, flexible y adaptable a las necesidades y deseos de los habitantes. En Otterlo, Holanda, en el XI CIAM (1959), Zofia y Oskar Hansen presentaron una ponencia titulada *Forma Abierta*,<sup>19</sup> que defiende la libertad estructural necesaria para albergar actividades simultáneas y cambiantes a lo largo del tiempo. Durante dicho congreso se fundó el célebre *Team X*, cuyos principales miembros fueron, además de los Hansen, Aldo van Eyck, Giancarlo De Carlo, Jaap Bakema, Alison y Peter Smithson, Herman Hertzberger y otros más. Sus proyectos expresaban el deseo de la permanencia de los contextos urbanos, en oposición a los contrastes entre dicotomías abstractas como interior y exterior, antiguo y moderno, naturaleza y construcción, etcétera. Por el uso del hormigón armado y de materiales sin recubrimientos como ladrillo y madera, algunos críticos también llamaron “brutalista”<sup>20</sup> a esta manera de hacer arquitectura. Hertzberger construyó en 1972 un notable edificio para la sede de la compañía aseguradora Centraal Beheer en Apeldoorn, Holanda. Uno de sus atributos más significativos es el uso de módulos estructurales que permiten la adaptación de los espacios para el trabajo individual y colectivo. El edificio es un ejemplo paradigmático de la arquitectura estructuralista.

Zofia y Oskar Hansen resultaron ser educadores notables con un agudo enfoque crítico. La ponencia que presentaron en Otterlo expresa con claridad las bases teóricas del estructuralismo arquitectónico. En su filosofía personal y su actitud frente a la realidad, una postura sociológica frente a la arquitectura, los espacios toman su forma de las actividades humanas, de manera contraria a una arquitectura abstracta a la que las personas necesitan adaptarse. En sus propias palabras: “La Forma Abierta se construye mediante composiciones variables, los procesos de la vida enmarcados por sus escenarios”.<sup>21</sup> En sus proyectos intentan traducir los patrones de comportamiento de las personas en

espacios construidos, que en su conjunto expresan las tensiones naturales derivadas de la convivencia dentro de la diversidad. Con su teoría, los Hansen fundan una escuela de pensamiento orientada hacia la participación ciudadana, cambiando el papel del arquitecto concebido como el experto absoluto hacia un auxiliar que provee a los usuarios de las soluciones técnicas para que puedan tomar las decisiones más adecuadas a sus necesidades espaciales.

Gran parte de sus conceptos fueron fundamentales para su trabajo docente en la Academia de Bellas Artes de Varsovia. Entre sus obras realizadas hay varios pabellones feriales y viviendas populares. Su obra se caracteriza por contar con espacios libres, que se consiguen mediante cubiertas de gran claro, que permiten prescindir dentro de lo posible de apoyos, columnas y divisiones interiores. Entre sus proyectos, destaca su propia casa de veraneo en Szumin, construida por ellos y su familia en 1970. Se trata de una vivienda de madera organizada a lo largo de un muro, que sirve simultáneamente para dar flexibilidad y privacidad a las actividades de sus habitantes. La casa fue adquirida por el Museo de Arte Moderno de Varsovia, fue restaurada y se encuentra abierta al público desde 2014. La casa es una de las obras que son a la vez manifiestos de las ideas de sus creadores.

#### LIBERTAD DE ACCIÓN

El filósofo estadounidense Xavier Márquez sostiene<sup>22</sup> que las teorías de Hannah Arendt y de Michel Foucault sobre visibilidad y poder son distintas, pero complementarias, a pesar de que ambos pensadores, casi contemporáneos, nunca tuvieron contacto ni se mencionan mutuamente en sus escritos. Márquez

sostiene que los espacios de aparición y los espacios de vigilancia son uno solo: el espacio público. Ese es el elemento sobre el que tanto Arendt como Foucault fundamentan sus críticas a la sociedad moderna. Su argumento se basa en la idea de que el poder horizontal existente en los espacios de aparición descritos por Arendt provoca situaciones de igualdad entre las personas, mientras que el poder vertical jerárquico, ejercido por la autoridad en espacios de vigilancia, según Foucault, acentúa las desigualdades entre los sujetos.

Márquez no considera que la normalización sea también una forma de igualdad, aunque sí menciona que la igualdad en el espacio de aparición se mantiene solo temporalmente, suspendiendo las desigualdades entre las personas en el momento de su aparición pública. Según Arendt, la actuación en público de los individuos los cobija con un halo de libertad. Así, la libertad de acción de las personas, según Arendt, se da por su capacidad de organización micropolítica, gracias a la libertad de reunión en las calles y plazas. En el caso de Foucault se consigue mediante la resistencia al poder vertical ejercido por el Estado, mediante las asociaciones clandestinas. La vigilancia policial del espacio anula hasta cierto punto la generación de poder micropolítico, pero el poder de organización de las personas puede transformar los lugares vigilados en espacios libres cuando las personas se resisten contra la disciplina impuesta por la policía y hacen frente a la represión. Márquez subraya que, tanto para Arendt como para Foucault, la identidad proviene de cómo nos ven los otros y cómo nos presentamos ante ellos, pero ¿pueden los otros imponernos una identidad? En muy frecuentes ocasiones, tomamos en cuenta las opiniones de los otros para decidir sobre nuestras actuaciones públicas y también desempeñamos los roles y comportamientos que sabemos que los demás esperan de nosotros.

Esta influencia, para Foucault, es directa: el cuerpo humano está inevitablemente inmerso en un campo político, y las relaciones de poder operan directamente sobre él. En su libro *Vigilar y castigar* (1975),<sup>23</sup> Michel Foucault describe el sistema de castigo físico, las penas corporales que caracterizaron a la civilización occidental hasta el siglo xvii, un modo de castigo basado en el sufrimiento y el suplicio, y explica ampliamente su cambio hacia un tipo de penalidad moral, de privación de la libertad, la cual también se ejerce sobre el físico del individuo, de manera que el sistema penal se trasladó del dolor físico a la prisión del cuerpo y el alma. Para Foucault el cuerpo humano está inevitablemente inmerso en un campo político, las relaciones de poder operan directamente sobre él. El filósofo critica a la prisión modelo, por todos los asedios políticos que ejerce sobre el cuerpo de los condenados mediante su arquitectura cerrada. Mediante un relato de la historia del presente, contada a través del desarrollo de la disciplina y el castigo, Foucault escribe sobre el teatro punitivo del siguiente modo: “Una gran arquitectura cerrada, compleja y jerarquizada que se integra en el cuerpo mismo del aparato estatal”.<sup>24</sup>

Esta coerción ininterrumpida deriva en el concepto del “hombre-máquina”, que vela sobre los procesos de toda la actividad humana más que sobre sus resultados. Crea un orden reticular entre el espacio, el tiempo y los movimientos de los individuos, regulados todos por la disciplina. Para concebir tales máquinas para habitar (escuelas, fábricas, prisiones, granjas, cuarteles, etcétera), previamente se debe haber aceptado y asumido la existencia del hombre-máquina, un organismo eficiente creado mediante la disciplina. Estas ideas ejercen una influencia constante sobre la arquitectura en Francia desde el siglo xviii y se reflejan en el pensamiento de los arquitectos modernos como Le Corbusier, quien a principios del siglo xx declaraba:



Los elementos actuales de la arquitectura ya no responden a nuestras necesidades. Sin embargo, existen las normas de la vivienda. La mecánica lleva en sí el factor de economía que selecciona. La casa es una máquina de habitar.<sup>25</sup>

La normalización aplicada a la vivienda también considera la cantidad de habitaciones que debe tener una casa: “Una para cocinar y una para comer. Una para trabajar, una para lavarse y una para dormir”.<sup>26</sup> Dentro de sus normas para la vivienda, Le Corbusier expresa su postura de cariz más determinista y que influyó con más fuerza en sus contemporáneos:

La norma se establece sobre bases ciertas, no arbitrariamente, sino con la seguridad de las cosas motivadas y con una lógica precedida por el análisis y la experimentación. Todos los hombres tienen el mismo organismo, las mismas funciones. Todos los hombres tienen las mismas necesidades. La casa es un producto necesario al hombre.<sup>27</sup>

La disciplina determina la distribución de los individuos en el espacio. Sus emplazamientos funcionales se implantan mediante la eliminación de los espacios con usos múltiples, no solamente por la necesidad de la vigilancia constante, sino de crear espacios útiles y eficientes. El espacio de la disciplina es, en el fondo, espacio celular. Foucault lo caracteriza como microfísica del poder: “El poder disciplinario tiene como correlato una individualidad no solo analítica y celular, sino natural y orgánica”. La arquitectura se concibe como operadora de la transformación de los individuos. El orden arquitectónico impone sobre el suelo una retícula con sus reglas y su geometría, para normar el comportamiento de los individuos disciplinados.

## EL MIEDO EN LA CIUDAD

Desde el principio de la historia, la fundación de las ciudades se ha debido a la necesidad humana de protección. Protegerse de las fieras, de las invasiones o de los fenómenos naturales ha sido el motivo para que los seres humanos se concentren en puntos específicos de la geografía que cuenten con las características necesarias para su seguridad y abastecimiento de bienes para su supervivencia. Los sitios altos son convenientes para conseguir el aislamiento necesario para las ciudades y, simultáneamente, obtener ventajas estratégicas sobre los enemigos en caso de guerra, como la altura necesaria para la vigilancia perimetral del enclave urbano. Sin embargo, en sitios llanos esto no es posible, por lo que las murallas y otros obstáculos como los cuerpos de agua pueden funcionar para la protección, al tiempo que proveer del bien más necesario para la vida: el agua. Por estos motivos, los lugares cercanos a ríos y lagos, así como las penínsulas o bahías marítimas, son también sitios donde tradicionalmente se han instalado las ciudades y donde se han reunido las personas para formar comunidades seguras.

De este modo, el miedo a las amenazas externas ha sido la motivación principal de la formación de las comunidades, pero las propias concentraciones humanas son también focos de inseguridad y no son garantía de protección contra desastres naturales y guerras a mayor escala o por vía aérea. Nan Ellin, arquitecta estadounidense, explica:

Durante los últimos cien años, las ciudades no han estado exentas de peligros como la criminalidad, las revueltas sociales o la contaminación del agua y el aire. Además de ser vulnerables a los desastres que tienen igual impacto en cualquier territorio, como el

clima, las enfermedades, la violencia doméstica y la pobreza.<sup>28</sup>

El diseño busca mitigar los peligros presentes en la vida urbana, por todos los medios posibles, aportando soluciones arquitectónicas a estos problemas. La zonificación, concepto implementado mundialmente en los inicios del siglo xx, consistió en la separación entre los sitios habitacionales, laborales, industriales y comerciales. Tuvo su origen en la concepción de la ciudad como máquina o como dispositivo construido para conseguir la máxima eficiencia y seguridad para sus habitantes. Por desgracia, las ciudades crecieron a ritmos tan acelerados que su extensión en el territorio acarreó peores problemas que la inseguridad, la necesidad de transporte público y privado y la implementación de autovías, trenes superficiales y subterráneos y la ya mencionada *motopía*, el modelo norteamericano de metrópolis dependiente del automóvil. Estos fenómenos dieron lugar a la proliferación de múltiples formas de protección doméstica como los sistemas de alarma, las cerraduras y puertas acorazadas, los sistemas de videovigilancia y el uso de armas de fuego para proteger los hogares. También, durante las tres décadas más recientes, han crecido exponencialmente la cantidad de edificios de apartamentos en condominio protegidos con seguridad privada, así como las urbanizaciones privadas exclusivas para sus habitantes y empleados, soluciones todas alentadas por la inseguridad urbana. Los medios de comunicación masiva han contribuido a acrecentar la sensación de inseguridad, tanto por la información excesiva sobre sucesos criminales, como por la interminable producción de series y películas policíacas y por la exaltación de las organizaciones terroristas y criminales, colocando a sus dirigentes como personajes heroicos y extraordinarios.

Según Ellin, la segregación social, racial y económica tan presente en Norteamérica es una forma de retribalización,<sup>29</sup> creadora de comunidades monoculturales con tendencias crecientes al rechazo de la diversidad social y cultural entre los habitantes. A esto se opone el rescate de los centros históricos de las grandes ciudades, cuya abanderada es la urbanista estadounidense Jane Jacobs. El resultado de la inseguridad urbana es el escapismo,<sup>30</sup> la retirada hacia afuera de los núcleos urbanos, un deseo o más bien una fantasía que se ve derrumbada por el crecimiento de la población que habita en ciudades y la desertificación de los entornos rurales.

#### EL PANOPTISMO Y LOS DISPOSITIVOS ARQUITECTÓNICOS

El panoptismo, concepto promulgado por Jeremy Bentham desde 1776, tuvo repercusiones directas sobre el diseño arquitectónico de casi todos los edificios de equipamiento urbano como colegios, hospitales, fábricas, granjas, prisiones y cuarteles hasta bien entrado el siglo XIX. El término griego *panopticon* significa “el que todo lo ve”. Alude al personaje mitológico Argos Panoptes, un gigante con cien ojos que cuidaba de la diosa Hera, vigilándola de día y de noche.

Los edificios panópticos tienen esquemas centralizados en forma circular o de estrella, y cuentan con torres o elementos centrales desde los cuales se pueden ver todas las celdas o células que los componen. Este tipo de construcciones aparecieron en toda Europa y sus colonias durante el siglo XVIII. El panóptico garantizaba el control y la vigilancia permanente de todos los sujetos: estudiantes, enfermos, obreros, ganado, presos y soldados, pero también la supervisión de los funcionarios: maestros, médicos, capataces, granjeros, celadores y oficiales y, simultáneamente, los edificios, como dispositivos arquitectónicos, permitían la recolec-

ción de datos para mejorar los procesos de educación, salud, producción industrial y agropecuaria, sanciones penales y disciplina militar, haciéndolos más eficientes y permitiendo su automatización. En la utopía de Bentham y el resultante panoptismo hay, según Foucault, una “microfísica del poder”, que se traduce en las características del edificio panóptico como la máquina arquitectónica perfecta, que aprovecha la vigilancia permanente para ejercer un poder invisible sobre los sujetos y, simultáneamente, aprovecharlo para la producción del saber. El dispositivo arquitectónico ideado por Bentham es un laboratorio de poder. En cada una de sus aplicaciones permite perfeccionar el ejercicio del poder y la prevención de la desobediencia y el delito, la optimización de los procesos de producción, la educación sin fisuras, etcétera, porque, sin otro instrumento físico más que su arquitectura y su geometría, ejerce influencia directa sobre el comportamiento de los individuos. El panoptismo tiene como finalidad “formar en torno a los individuos todo un aparato de observaciones, registros y notaciones, construir sobre ellos un saber que se acumula y se centraliza”.<sup>31</sup>

La civilización occidental ha acarreado una obsesión con la utopía renacentista por más de quinientos años. Desde entonces se han diseñado planos y sistemas de todo tipo para alcanzar un ideal imposible de ciudad futura. Quizá, lo que han olvidado los filósofos, políticos, economistas, urbanistas y arquitectos que se han dedicado a dicha tarea, es que una ciudad no se puede planificar y diseñar en su totalidad. Sabemos que las ciudades son las obras colectivas de todos sus habitantes, quienes tienen distintas ideas y necesidades, que guían las agendas de su actuación en el campo político urbano. Como habitantes estamos en una constante búsqueda de los entornos que requerimos para nuestro buen desarrollo, pero en el campo urbano actúan gran diversidad de fuerzas, que casi siempre se oponen entre ellas, y la forma final

de la urbe resulta de las negociaciones entre los actores presentes en el campo urbano. El último intento por instalar una ciudad desde sus inicios fue Brasilia, que sin duda es un logro importante, pero después de que cumpliera cincuenta años se demostró que la mayor parte de su población se vio forzada a instalarse en las periferias, ya que los diseños de Lúcio Costa y Oscar Niemeyer no pudieron dar cabida a todas las personas.

Hoy en día se habla mucho de las *smart cities* ('ciudades inteligentes'), ciudades que se caracterizan por el uso de la tecnología para la optimización de los transportes y la seguridad ciudadana. Sin embargo, en los sitios donde se han implementado sistemas como el reconocimiento facial, principalmente en Hong Kong, Corea y China, los gobiernos los han aprovechado para ejercer control total sobre los ciudadanos y reducir notablemente su libertad de movimiento y opinión.

Probablemente ahora sea el momento más adecuado para dejar de imaginar la ciudad idealizada y concentrarse en el fenómeno urbano presente. Cuando se estudia la ciudad desde la sociología, se aprende que la arquitectura es hasta cierto punto secundaria, que son mucho más importantes las relaciones humanas y la diversidad de opiniones y culturas que la homogeneización de los habitantes. Desde luego hay temas técnicos que influyen en la infraestructura urbana que deben ser tratados por expertos. Elementos como las redes de abastecimiento eléctrico e hidráulico no se prestan a especulaciones formales.

Actualmente no existen casi edificios panópticos que funcionen con los principios con los que fueron creados, la mayoría de ellos han sido demolidos o readaptados para otros usos en los que su forma centralizada se ha vuelto irrelevante. El panóptico llegó a ser, entre 1830 y 1840, el programa arquitectónico de la gran mayoría de las prisiones construidas en todo el mundo. Por ejemplo, en Europa se construyeron prisiones modelo desde 1770, como

las de Gante y Gloucester; en Estados Unidos, la famosa Walnut Street en Filadelfia (inaugurada en 1773, cerrada en 1838); ya en el siglo xx, en Cuba se construyó la prisión de la Isla de Pinos en 1920 (se cerró tras la Revolución, en 1967) y en México la cárcel de Lecumberri, construida en 1900 y transformada en el Archivo General de la Nación en 1976. A la fecha ninguna de ellas continúa operando como prisión. La decadencia del sistema penitenciario está ligada a la corrupción, a los cambios en los regímenes políticos y también a la propia arquitectura, porque ambos aspectos de la institución penal estuvieron ligados desde su origen.

Sin embargo, la vigilancia policial se ha hecho omnipresente gracias a las tecnologías audiovisuales, que permiten la instalación de cámaras y sensores por doquier, y los más recientes sistemas informáticos de análisis de datos recogidos por las cámaras y sensores. Todos estos sistemas, con la conexión a internet de nuestros dispositivos móviles (teléfonos, ordenadores personales, relojes inteligentes y otros muchos artefactos), contribuyen a la recogida de datos (al *big data*), que concentra información sobre nuestra geolocalización, movimientos, pulsaciones, conversaciones, búsquedas, contacto con otros, contagios y un infinito cúmulo de información privada.

Hace algunos años, hice un ejercicio con estudiantes que consistió en visitar en grupo algunos espacios públicos como plazas y atrios frente a edificios de oficinas, tanto públicos como privados, por los que transita mucha gente. Nosotros formábamos un círculo y nos sentábamos en el suelo para charlar. Casi en todos los casos, al poco tiempo de estar sentados, aparecía algún agente de policía o guardia de seguridad privada para indagar lo que hacíamos y para invitarnos a movernos y seguir nuestro camino. En las ciudades hay gran cantidad de espacios públicos controlados por entidades privadas,<sup>32</sup> como los corredores de los centros comerciales, los patios bancarios y los vestíbulos de los edificios.

Estos espacios están celosamente vigilados por la policía o por compañías de seguridad privada que restringen estrictamente su uso al tránsito. Cualquier comportamiento distinto es considerado sospechoso de un crimen, o bien de una falta menor, que están por llevarse a cabo y, por lo tanto, la reacción policial contra estos comportamientos es inmediata. El diseño de las plazas de acceso a edificios de oficinas suele prescindir de árboles y bancos y sus pavimentos son casi siempre pétreos. Al carecer de elementos que den sombra o sirvan para el descanso, desalientan la permanencia de las personas, haciéndolos exclusivamente de tránsito.

La visibilidad en ocasiones sirve no solo para fortalecer el aparato de control y represión, también se utiliza como escudo de protección. Cuando comenzó el movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en 1993 en Chiapas, muchos organismos no gubernamentales extranjeros colocaron cámaras para transmitir en directo algunas batallas en la selva y la toma de San Cristóbal de las Casas, hecho que disuadió al ejército mexicano en su intención de aplacar violentamente la insurrección. Desde hace varias décadas, la presencia de cámaras de vigilancia en casi todos los espacios arquitectónicos y urbanos, además de controlar, también protege a las personas contra los abusos de poder y el maltrato. Por esta misma razón, la gente acostumbra a grabar las escenas urbanas de abuso de poder policial o la actitud prepotente de algunas personas con sus teléfonos móviles. Estas grabaciones suelen ser ostentosas, y quienes las llevan a cabo mencionan abiertamente que están grabando la escena, también como medio para autoprotegerse del abuso.

Resulta útil para el presente análisis considerar dos trabajos fotográficos recientes, participantes en el Festival Getxophoto de 2020, que cuestionan los mecanismos de control instalados en muchas ciudades. A estos quizá habría que añadir las aplicaciones informáticas que se están utilizando para controlar la pandemia



del Covid-19, que implican un seguimiento de los movimientos y conductas sociales de los usuarios.

El primero de ellos es la serie fotográfica del colectivo español Estampa:

El colectivo Estampa participa en Getxophoto con dos proyectos: *3409 Worker*, instalado físicamente en el festival, y *Smile! You are out of Camera* [¡Sonríe! Estás fuera de cámara], accesible desde internet. Ambas propuestas giran en torno a la forma en la que las máquinas vigilan e intervienen en el espacio público, proponiendo una reflexión poliédrica sobre su impacto en la sociedad. Los sistemas de gestión y vigilancia urbana implementados bajo el sello Smart City, ideado para la atracción de capital, han incrementado el número de cámaras de vigilancia y la sofisticación de sus registros. El incesante flujo visual producido que requiere ser procesado ha superado la capacidad humana; no hay ojos suficientes para ver y significar tantas imágenes. Hoy en día las máquinas se ocupan ya no solo de la captura sino también del análisis, identificación y etiquetado, creando un circuito cerrado de imágenes creadas por y para ellas. Estampa propone subvertir los usos de las herramientas de control y vigilancia que se muestran en el proyecto *3409 Worker* para permitir una circulación libre de la ciudadanía, como en *Smile! You are out of Camera*.<sup>33</sup>

En segundo lugar, es muy interesante considerar el trabajo de la fotógrafa holandesa Esther Hovers.

En *False Positives* [Falsos positivos], Esther Hovers explora las nuevas normas de comportamiento que

se han desarrollado en el espacio público bajo la mirada de las máquinas y los sistemas de vigilancia automatizada. Esther Hovers colaboró con varios expertos en “vigilancia inteligente”, quienes le señalaron ocho actitudes consideradas como desviaciones del lenguaje corporal y del movimiento de los peatones. Correr repentinamente o quedarse inmóvil demasiado tiempo son comportamientos considerados anómalos, señales que los sistemas de vigilancia predictiva pueden interpretar como indicadores de un posible crimen. Sistemas que, al contrario de la lógica temporal de la vigilancia tradicional, no documentan un suceso, sino que tratan de identificar hipotéticos crímenes que están aún por suceder. Las fotografías de Hovers, realizadas en el distrito financiero de Bruselas con la colaboración de desconocidos, escenifican las actitudes en el espacio público que los sistemas de control predictivo identifican como irregulares. El trabajo, que incluye dibujos de patrones de movimiento, cuestiona la mirada y el control que las máquinas entrenadas para la vigilancia ejercen sobre el comportamiento de las personas.<sup>34</sup>

El arte que toma una postura crítica respecto a la vigilancia y el control estatal constituye una forma simbólica de resistencia civil, postura no compartida en general por la arquitectura, que, en su mayoría, cumple con las expectativas del poder, diseñando espacios públicos y privados repletos de sistemas de vigilancia y control. Aunque la arquitectura y el arte opusieran resistencia con toda su fuerza al control del Estado, poco podrían hacer contra el gran panóptico informático contemporáneo, que no tiene cien ojos como el mitológico Argos Panoptes, sino billones de ellos.